

señala el tránsito clave del poema. De ahí que el poeta enfatice su posición privilegiada en la estrofa. Su presencia delimita en el poema la frontera entre la vida y la muerte, es decir, entre la temporalidad y la atemporalidad. Si en la historia del argivo reconocemos una suspensión provisional del tiempo, en las gradas vacías del poema asistimos a su suspensión definitiva. Esta idea se remarca, además, con el empleo en el verso octavo del adjetivo *infinito*. Un *hasta* ya no es posible en la segunda estrofa pues el sujeto «existe», ahora, en el ámbito donde nada tiene fin. El poema de Valente supera, pues, la experiencia del ciudadano de Argos, para situarse en el plano enigmático de la eternidad, allí donde el verbo permanece.

En definitiva, en ambos casos, si bien a través de soluciones diferentes, se verifica una des-objetivación del mundo, en la medida que tanto el yo del argivo como el yo del sujeto del poema se desvanecen y, por tanto, ya no se contraponen al mundo. Nos situamos, efectivamente, en esferas familiares a la experiencia mística, ya en el caso del extravío del argivo que anhela el ahora permanente (*nunc stans*, que Schopenhauer denominaría «conciencia mejor»), ya en el caso del poema que sitúa a su sujeto en la eternidad siempre estable (*semper stans*). En ambos estados, entonces, los sujetos que comentamos se transforman en contempladores excelentes porque contemplan las verdades recién reveladas mediante signos sensibles. Situación análoga a la que, según Zambrano, se produce cuando nos invade, frente a la vigilia, el sueño: «Se despoja el sujeto de su personalidad, de ese quehacer que al par que lo emplea lo reviste, de su máscara; cae su máscara, y con ella lo que está representado y su representación del mundo...»¹¹. Mas cuando el desvarío místico desaparece (ese instante que devuelve la conciencia del ciudadano de Argos a sus ocupaciones diarias) se restablecen todos los lazos fenoménicos y, entonces, el sujeto se instala, de nuevo, en la corriente dolorosa de la temporalidad. Lo ilustra así, bellísimamente, otro poema de Valente:

Lentas siguen las lunas a las lunas, como cede la luz a la luz, los días a los días, el párpado tenaz al mismo sueño. Vivir es fácil. Arduo sobrevivir a lo vivido¹².

La situación descrita más arriba se relaciona, evidentemente, con el tópico filosófico y barroco que presenta la vida, mera ilusión, como un sueño. El relativismo irónico erasmiano señala, en otros lugares del *Elogio* (cap. XXIX), que los hombres sólo representan una mascarada grotesca en el

¹¹ Los sueños..., op. cit., p. 67.

¹² De No amanece el cantor, Barcelona, Tusquets, 1992, p. 113.

teatro del mundo. Por su parte, Valente, en su poema, al extender esa *insania* creadora y constante más allá de la muerte, nos está declarando que la conciencia empírica, por sí misma, no es suficiente para aprehender con lucidez el ser y el mundo que lo rodea. La reflexión del tiempo que nos transmite el poema nace de su contraste con la eternidad, hecha meditación.

Creemos, pues, que ambas situaciones son, por una parte, susceptibles de ser interpretadas en relación con el problema del conocimiento poético, lo cual implica que en torno a estos textos, consideremos unitariamente la lengua, el pensamiento y la realidad; es decir que, en sentido hermenéutico, tengamos presente la relación de signos o símbolos que constituyen la especificidad del ser humano ligado al mundo. Por otra parte, el hombre, enfrentado a sí mismo en el acto creador, nos transmite una experiencia del tiempo en distinto grado. En primer lugar, de su disolución aparente en el caso del argivo enajenado y la proyección musical del compositor; en segundo, y en la conclusión del poema, de su transformación en instante eterno e infinito, en «música callada».

Los ejemplos literarios traídos aquí a colación son, como ya hemos significado, muy diferentes entre sí. No son evidentemente iguales, pero quizás hablen de lo mismo. Creemos que la actualización de estos textos —y de lo no dicho por ellos—, a través de la situación comentada, puede desarrollarse en la línea de interpretación que aquí sólo hemos apuntado brevemente. Situación metafórica de dos formas radicales y extravagantes de existencia en las que acaece la poesía.